

y me dispensará V. un gran favor en evitarme que le acompañe.

Esteban, que se dirigía á una parte opuesta, se volvió, y fué, cumpliendo con su obligación, al palacio de ladrillos rojos, en que habitaba el gran Bounderby.

CAPITULO II.

●obreros y fabricantes.

—Veamos, Esteban; ¿qué es lo que acabo de saber? (dijo Bounderby con voz tempestuosa.) ¿Es V. á quien de tal manera han tratado esos miserables? Entre V., y hable con toda franqueza.

Donde se le invitaba á hablar era en el salón. La mesa estaba servida para el te, y la joven esposa de Mr. Bounderby, su hermano y un gentil caballero de Londres, estaban presentes. Esteban les saludó, cerró la puerta, permaneciendo de pié con el sombrero en la mano.

—Aquí tiene V. el hombre de quien hablaba hace un instante, Harthouse,—dijo Bounderby.

El personaje á quien se dirigía, y que estaba sentado en el sofá hablando con la señora Bounderby, se levantó, diciendo con aire de fastidio:

—¿De veras?

Y avanzó hasta la chimenea, cerca de la cual estaba Bounderby.

—Ahora (repitió éste), hable V. con franqueza. Después de los cuatro días que Esteban aca-

baba de pasar en el aislamiento, aquellas palabras no podían dejar de producir en su oído una sensación desagradable y discordante. Nosolamente lastimaban su alma herida, sino que parecían justificar la acusación de desertor egoísta que le habían dirigido.

—Tenga V. la bondad de decirme para qué me ha llamado.

—Acabo de decírselo á V. (replicó Bounderby); hable V. con franqueza; hable V. como un hombre, porque V. es todo un hombre, y refiéranos su posición, así como la historia de esa liga de obreros.

—Dispéñseme V., señor (dijo Esteban); nada tengo que decir acerca de eso.

—Aquí tiene V., Harthouse, una muestra tristísima de lo que son nuestros obreros. Otra vez que este hombre vino á casa, ya hace tiempo, le dije que se pusiera en guardia contra los extranjeros malhechores que infestan el país, sublevando á las clases obreras, y le previne que entraba en muy mal camino. Pues bien; ¿creerá V. que en los mismos instantes en que los obreros acababan de proscribirle, tiene la necedad de permanecer siendo su esclavo; que tiene miedo de abrir la boca para denunciar sus proyectos?

—He dicho que nada tengo que revelar de esas cosas; pero no que tengo miedo de abrir los labios.

—No sólo sé lo que V. ha dicho, sino también lo que ha querido decir, lo cual ciertamente no viene á ser lo mismo. Son, al contrario, dos cosas muy diferentes. Haría V. muy bien en decirnos sobre la marcha que ese tunante de Sclackbribge no está en la ciudad para amotinar al pueblo; que no es uno de los jefes reconocidos del populacho, es decir, un grandísimo canalla. Díganos V. todo esto, si quiere. V. no puede engañarme. ¿Por qué no lo dice V.?

—Siento tanto como V., señor, que el pueblo sólo encuentre jefes malos (dijo Esteban). Toma los que se le presentan. Quizás no es la menor de nuestras desgracias la de no encontrar nunca mejores guías.

La tempestad empezó á rugir con más fuerza.

—Hemos dado á la conversación buen principio, ¿no es verdad, Harthouse? Pero esto no es nada. Va V. á ver cómo dirijo á este hombre una sencilla pregunta. ¿Me será permitido, señor Blackpool (el viento empezó á soplar muy fuerte), preguntar á V. por qué razones se negó á formar parte de la asociación?

—¿Cómo?...

—Sí (insistió Bounderby, poniéndose en jarras, moviendo la cabeza y cerrando los ojos, como si hiciese alguna confianza á la pared que tenía delante); sí, ¿qué razones le asistieron á V. para tomar esa determinación?

—Yo hubiera preferido no hablar de tal cosa; pero puesto que V. me lo pregunta, como no quiero faltar á la verdad, contestaré que porque lo había prometido.

—No á mí; bien lo sabe V.,—dijo Bounderby.

Tiempo tempestuoso mezclado de calmas engañosas, verdadera calma chicha.

—Verdad que no.

—Demasiado sabe (continuó Bounderby convertido en un huracán) que sus compañeros son un atajo de canallas y de insurrectos, para quienes la deportación sería un castigo muy dulce. Vamos, Mr. Harthouse; V. que ha corrido tanto mundo, ¿ha visto en ningún país un hombre semejante?

Y con el dedo, irritado, Mr. Bounderby señaló á Esteban.

—No, no, señores (dijo Esteban Blackpool, que protestó enérgicamente contra los epítetos de que se había servido su amo, y se dirigió instintivamente á Luísa, desde que sus ojos se fijaron en el semblante de la joven). No son insurrectos, no son canallas. Nada de eso, señora; nada de eso. No hay entre ellos doce hombres.... ¿qué digo doce?; no hay seis, que no crean cumplir con un deber para con los demás y para con ellos mismos. Dios me guarde á mí, que les conozco, que los he tratado toda mi vida, que he comido y bebido con ellos, que he vivido y tra-

bajado en su compañía, que los he amado: Dios me guarde de no tomar su defensa en nombre de la verdad; así me hagan todo el daño imaginable.

Hablaba con la ruda vivacidad que pertenece á su clase y que distinguía á su carácter, aumentada quizás con la orgullosa convicción de que permanecía fiel á sus hermanos, á pesar de toda su desconfianza; pero no olvidaba que estaba en casa de su principal, y ni siquiera alzaba la voz.

—No, señora, no. Son leales los unos con los otros, fieles entre sí y serviciales hasta la muerte. Sed pobre entre ellos, estad enferma, tened una de esas penas diarias que llevan el dolor á la puerta de un infeliz, y los encontraréis tiernos, dulces, compasivos, cristianos. Está V. segura de eso, señora; les destrozarían antes de hacerles cambiar.

—En una palabra (dijo Mr. Bounderby): porque tienen tantas virtudes, le han hecho á V. tantos desaires. Diga V. eso con franqueza, y habremos concluído. Vamos, no tenga V. escrúpulos.

—¿Cómo explicar, señora (repitió Esteban), que al parecer buscaba su refugio natural en el rostro de Luísa), que la parte mejor que hay en nosotros, pobres trabajadores, sea precisamente lo que nos causa más embarazo, más desgracia y más error? Sin embargo, así sucede; pero no

nos falta paciencia; y, en general, procuramos hacer todo el bien posible. No creo, pues, que seamos acreedores á tanta injusticia.

—¡Eh, amigo mío! (dijo Brounderby, á quien el obrero, sin observarlo, había excluído de la conversación, dirigiéndose á una tercera persona en vez de dirigirse á él); si V. quiere prestarme atención un momento, no me disgustará que hablemos algunas palabras. Ha dicho V. que nada tenía que decirnos sobre este asunto. ¿Está V. bien seguro de eso?

—Sí, señor; bien seguro.

—Aquí hay un caballero de Londres (Bounderby señaló á Harthouse por encima del hombro), un miembro del Parlamento, y tendría mucho gusto en que presenciase nuestra conversación, en vez de referirle yo la sustancia; aunque no ignoro nada de lo que podrá V. decir, pues no hay nadie que lo pueda saber mejor que yo, se lo prevengo á V., porque prefiero que lo oiga de V. mismo á que me crea bajo mi palabra.

Esteban saludó con la cabeza al caballero de Londres, cuya vista no era muy á propósito para iluminar sus ideas. Dirigió los ojos involuntariamente hacia el semblante en que había buscado su refugio; pero una mirada de Luisa, mirada expresiva, aunque rápida, le obligó á volverse hacia Mr. Brounderby.

—Vamos, díganos V. de qué se queja,—le preguntó el fabricante.

—No he venido aquí para quejarme (le recordó Esteban). He venido porque fueron á buscarme.

—¿De qué os quejáis los obreros en general? —repitió Brounderby cruzándose de brazos.

Esteban le miró un momento con alguna indecisión, y después dijo, como tomando un partido:

—Señor, nunca han sido mi fuerte las explicaciones. Estamos en un lodazal, y esto es claro como la luz del día. Véase la ciudad tan rica como es, y véanse todos los que han venido aquí para tejer, para cardar ó para trabajar en las máquinas, sin haber podido jamás proporcionarse la menor dulzura desde la cuna hasta el sepulcro. Ved cómo vivimos y dónde vivimos. Pues ahora véanse las manufacturas, que marchan siempre, sin hacernos adelantar un paso, como no sea hacia la muerte. Ved cómo Vds. nos miran, lo que escriben acerca de nosotros, lo que dicen de nosotros, y cómo envían diputaciones al secretario de Estado para decir mal de nosotros, y cómo Vds. siempre tienen razón y nosotros nunca, y cómo nosotros nunca hemos sido más que gente irracional desde que estamos en el mundo. Véase cómo el mal va cada día en aumento, siempre en aumento; cómo cada año

se hace más cruel. ¿Quién puede ver todo esto, señor, y decir en el fondo de su alma que esto en que vivimos no es un lodazal?

—Naturalmente, nadie (dijo Mr. Bounderby). Ahora puede V. decir á este caballero de qué medios piensan Vds. valerse para salir de este lodazal en que habitan, y acepto el nombre que V. tanto repite.

—No sé nada, señor. ¿Cómo quiere V. que lo sepa? Á mí no debe V. dirigirse para hacer esas averiguaciones. Ellos son los que pueden resolver esas dudas, satisfacer esa curiosidad.

—En todo caso, voy á decir á V. lo que podríamos hacer para empezar (replicó Mr. Bounderby); haremos un ejemplar con media docena de Slackbribgers. Perseguiremos á esos canallas por crimen de felonía, y haremos que los deporten á las colonias penitenciarias.

Esteban movió gravemente la cabeza.

—No vaya V. á decirme que no haremos nada (dijo Mr. Bounderby, convertido en huracán impetuoso); porque lo haremos; le doy á V. mi palabra.

—Señor (respondió Esteban; con la tranquila confianza de una certeza absoluta); aunque se apodera V. de todos los que existen y los cosiera á cada uno en un saco para arrojarlos á la mar más profunda que haya podido existir antes de que se creara la tierra firme, el lodazal que-

daría exactamente como está. ¡Extranjeros malhechores! (continuó Esteban, con inquieta sonrisa); hace mucho tiempo que oigo hablar de esos extranjeros; no son ellos el origen del mal, señor; no son quien le dan incremento. No tengo ningún motivo para que me sean simpáticos; al contrario; pero es una empresa inútil y vana la de intentar que abandonen su oficio; más valía trabajar para que el oficio les abandone á ellos. Todo lo que me rodea en esta habitación estaba cuando entré; todo continuará en su puesto después que me haya ido. Póngase ese reloj á bordo de un buque y envíesele á la isla de Norfolck; no por eso el tiempo abandonará su carrera. Pues bien: lo mismo sucede con Slackbribge.

Volviendo otra vez los ojos á su primer refugio, observó que Luisa dirigía hacia la puerta una mirada, equivalente á una advertencia.

Dió un paso hacia atrás, y puso la mano en el picaporte; pero aún no había dicho todo lo que quería decir, y sentía en el fondo de su corazón que era noble venganza del mal que sus compañeros acababan de hacerle, permanecer fiel hasta el último momento á los que le habían rechazado. Se detuvo, pues, para descargar el peso de su corazón.

—Señor: yo no puedo, con lo poco que sé, á mi manera, indicar á este caballero el modo de remediar estos males; obreros hay en la ciudad

que pudieran hacerlo mejor que yo; pero lo que sé muy bien, y lo que puedo decirle, es lo que no se debería hacer, porque sería un medio muy malo.

»La fuerza bruta no es un buen medio; la victoria y el triunfo tampoco lo son.

»Dar siempre la razón á los unos y la sinrazón á los otros, es contra naturaleza, y un medio detestable. Tanto vale no tocar á nada. Dejad amontonados millares de millares de individuos en un mismo lodazal, y acabarán por formar un pueblo aparte del nuestro, con un golfo negro entre ambos, lo cual no puede durar siempre.

»No acercarse con dulzura y paciencia, con maneras consoladoras, á los que están tan próximos á acercarse los unos á los otros en sus numerosas penas y á compartir en su miseria las cosas de que tienen necesidad, tampoco sería un buen medio; con eso nada se conseguiría, mientras el sol no se convierta en un pedazo de nieve. Menos se conseguirá aún considerándolos como una fuerza bruta, como las eifras de una operación aritmética, ó como partes integrantes de una máquina; como si no tuviesen ni amor, ni simpatías, ni memoria, ni inclinaciones, ni una alma capaz de desfallecer y capaz de abrigar esperanzas; tratándolos cuando no permanecen tranquilos, como si no tuviesen nada de esto, y reconviéndoles cuando tratan de faltar á los

deberes de la humanidad respecto á nosotros, he aquí un medio que nunca será bueno, mientras no se deshaga la obra de Dios. »

Esteban se detuvo con la mano en el botón del picaporte, esperando si aún tenían alguna cosa que preguntarle.

—Espere V. un instante (dijo Bounderby, cuyo rostro estaba muy encendido). Le previne á V. la última vez que estuvo aquí á quejarse, que haría muy bien en tomar otro camino y abandonar ese que sigue. Y recordará V. también que le previne que comprendía muy bien sus aspiraciones al cubierto de oro.

—Pues bien: yo le aseguro á V., señor, que por mi parte no comprendo nada.

—Así, pues, para mí es evidente (continuó Bounderby) que es V. uno de esos individuos que siempre tienen por qué quejarse. V. va por todas partes sembrando el descontento y predicando la insurrección. V. no se ocupa de otra cosa, amigo mío.

Esteban movió la cabeza; protesta muda contra los que pudieran creer que no estaba condenado á otra tarea para subvenir á su existencia.

—Es V. un individuo de tal especie, que las personas que le conocen han tenido que cortar con V. toda comunicación. Voy á decir á V. una cosa: soy de la opinión de esas personas por esta

vez.... una sólo vez no hace costumbre.... Quiero romper con V. toda clase de relaciones.

Esteban volvió con viveza los ojos hacia el rostro de Bounderby.

—Puede V. acabar el trabajo que tiene entre manos, y después ir á buscarlo á otra parte.

—Bien sabe V., señor, que si V. me niega trabajo, en ninguna parte lo encontraré.

Esta fué la respuesta de Bounderby:

—Sé lo que sé, y V. sabelo que sabe. No tengo que decir ni una palabra más.

Esteban volvió á dirigir una mirada á Luísa; pero sus ojos no encontraron los de la joven: lanzó un suspiro suave, y murmuró en voz tan baja que apenas se le pudo entender:

—El cielo tenga piedad de todos nosotros en este mundo.

Dicho esto, se fué.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

La desaparición.

Ya era casi de noche cuando Esteban salió de la casa de Mr. Bounderby. Las sombras de la noche habían descendido con tanta rapidez, que no miró á su alrededor cuando cerró la puerta, pero subió sin detenerse la calle. Nada estaba tan lejos de su pensamiento como la extraña vieja á quien se encontró cuando hizo su primera visita á aquella misma casa; oyó tras de sí unos pasos ligeros que le eran conocidos, y volviéndose, vió á la anciana acompañada de Raquel.

—¡Oh, Raquel! ¡Querida mía! ¿Y V. con ella, señora!

—Verdad que este encuentro tiene mucho de extraño,—contestó la vieja.

—Pero ¿cómo es que la encuentro á V. acompañada de Raquel?—preguntó Esteban andando al lado de ambas mujeres, colocándose entre ellas, y mirando alternativamente á una y á otra.